

76
LA NOVELA
PARAMOUNT



25
CTS

La comedia
de los celos
Esther Realston



LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Año III
N.º 76

PARAMOUNT

25
Cts.

EDICIONES BISTAGNE
PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA

FIGURES DON'T LIE 1927
LA COMEDIA DE LOS CELOS

Interesante comedia, interpretada por
ESTHER RALSTON, DICK ARLEN,
EULALIA JENSEN,
FORD STERLING,
etc., etc.



Es un film **PARAMOUNT**

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

LA COMEDIA DE LOS CELOS

Argumento de la Película

Humberto Jones, director gerente de una portante casa de seguros, era hombre bastante distraído.

Continuamente llevaba para no olvidarse de las cosas, cintas arrolladas a los dedos... y sucedía que luego no se acordaba por qué las había puesto.

Pero como nadie conoce sus defectos, Jones no quería reconocer sus grandes distracciones.

Un día al mes comía en el Rotary-Club. Le tocaba hablar en uno de aquellos actos y se aprendió al dedillo el fargo discurso que debía pronunciar.

Pero cuando llegó el turno de su brindis, dijo únicamente:

—Señores, como que el tiempo apremia, sólo puedo decirles que no tengo tiempo... Sin embargo, haciendo un sacrificio les diré que mis grandes éxitos se deben, primeró, a mi memoria y...

Interrumpióse, vaciló y luego de unos minutos de silencio, dijo:

—... y segundo... a algo que en este momento no recuerdo.

No dijo más. Dejóse caer, rendido por el esfuerzo.

El discurso no fué ciertamente una pieza modelo de oratoria, y Jones, comprendiendo que no había estado bien del todo, optó por marcharse.

Nuevas distracciones y olvidos. Descuidóse la cigarrera, cambió su sombrero por otro, y gracias a que el mayordomo del círculo le advirtió, pudo subsanar estas faltas.

Un poco disgustado se dirigió por la tarde a su oficina.

Si Jones se acordaba de que vivía, se lo debía a Juanita, su secretaria, una de esas rubias más hermosas que la propia luz del sol.

Entró en su despacho.

Juanita estaba telefoneando, y, supliendo al gerente, daba toda clase de instrucciones para el mejor desarrollo del negocio.

Cuando ella hubo acabado, dejó el aparato y miró sonriente a su principal.

—Todo va bien, señor Jones...

—¡Bravo, Juanita! Pero ¿por qué será esto? ¿Me habré olvidado de algo?

Y miró un hilo arrollado a su meñique.

Juanita se echó a reír.

—Claro, señor. Tenía usted que detenerse

en casa del joyero para comprar el regalo de aniversario de bodas a su esposa.

—Pues es verdad... Buena la he hecho...

—Creyendo que usted se olvidaría, le telefoneé al joyero que mandase dos alhajas para que usted escoga la que más le guste... Cada una cuesta dos mil quinientos dólares.



... daba toda clase de instrucciones para el mejor desarrollo del negocio.

Encima de la mesa, en sendos estuches, estaban un collar y una pulsera de brillantes.

—¡Muy bien... muy bien, Juanita! Eres una muchacha la mar de previsora.

Examinó las joyas y se las puso a Juanita para probar cuál caía mejor.

Se hallaba abrochando el collar sobre la hermosa garganta de la secretaria, cuando abrióse la puerta y apareció la severa esposa de Jones, quien al ver a su marido con los brazos extendidos, recordó en seguida aquel refrán: "Piensa mal y no errarás..."

—Perdonen si les interrumpo — dijo con una sonrisa despechada en la que se ocultaba la ira.

Jones tembló y la mecanógrafa bajó los ojos.

—Quería darte una sorpresa de cumpleaños — dijo el marido.

Un pisotón de Juanita le devolvió la memoria.

—¡Ay! — rectificó —. Quiero decir del aniversario de nuestra boda.

—¡Ya... ya!...

Y la dama con verdadero disgusto, examinó las dos joyas.

Juanita había salido del despacho, dirigiéndose al suyo. Llamaron al teléfono. Una voz varonil habló:

—Oiga, hágame el favor de decirle a su principal que Roberto Blewe desea hablarle... El no me conoce, pero no es mía la culpa...

—¡Aguarde un momento!

Volvió Juanita al lado del matrimonio. Jones decía a su esposa:

—¿Cuál de las dos alhajas te gusta más?

—¡Las dos!

Jones puso una cara de disgusto. ¡Cinco

mil dólares! ¡El pensaba gastar sólo la mitad!

Juanita comprendió el compromiso en que Jones se hallaba, y siempre oportuna, dijo:

—Se dió cuenta la señora de que el collar es legítimo y la pulsera de imitación?

—De veras? —dijo la esposa.

Y lanzando a una papelera la pulsera, quedóse con el collar.

—¡Bueno... hasta luego, Jones!... Y gracias por tu galantería...

—No te enfades, vidita... Se trata de una broma de las mías...

Luego acompañó hasta la puerta, mientras Juanita volvía al teléfono, rogando al llamado Blewe que telefonease más tarde, pues el principal estaba ocupado.

—Yo creía que había usted fallecido — contestó una voz burlona —. Insisto en hablar con el señor Jones.

—Esperel

Jones se había despedido de su esposa.

—En el teléfono hay un señor Blewe que desea hablarle — le dijo Juanita.

El distraído caballero se puso al aparato y preguntó qué se le ofrecía.

—Puedo ahorrarle a usted cincuenta mil dólares al año... —dijo una voz.

—Caramba!

—Sí, mañana a las nueve iré a verle... Alégrese usted de que vaya a verle.

Jones se echó a reír.

¿Quién sería aquel desconocido?

Y no volvió a acordarse más de él... lo que no le era difícil a un hombre que no se acordaba de nada.

Juanita le entregó la pulsera que acababa de recoger del cesto.

Al día siguiente muy de mañana, Juanita esperaba el tranvía...

Y por casualidad del destino el joven Roberto Blewe se hallaba en el mismo lugar de la parada, y ambos subieron a la vez.

Roberto Blewe la miró complacido, sin saber, naturalmente, que aquella criatura era la secretaria de Jones. Y hay que confesar que desde el primer momento le pareció sencillamente estupenda y "castigadora".

Juanita dió al cobrador un billete de veinte dólares en pago.

—No tengo cambio.

—Pues es el billete más pequeño que tengo...

—No sé qué decirle... Tendrá usted que apearse aquí mismo.

Ella estaba contrariada e insistió para no tener que bajar.

—Lo lamento, señorita, pero no podemos cambiar billetes mayores de dos dólares.

—Entonces, bajaré...

Iba a hacerlo, cuando Roberto, sonriente, dijo:

—Permitame que le pague el tranvía... Alégrese usted de haberme encontrado.

—¡No, gracias!...

Y le miró con cierto desdén, creyendo que se encontraba ante uno de esos muchachos que van a la caza de oportunidades.

—No sea tonta... Es preferible que le pague el tranvía a tener que andar.

—No quiero que me pague nada.

El conductor volvió a intervenir.

—Lo siento, mucho, señorita; pero según el reglamento tiene usted que aparearse.

Y la elegante muchacha abandonó el vehículo.

Volvió a arrancar el coche, y dijo el conductor a Roberto:

—¿Tiene usted la bondad de pagarme, generoso caballero?

Comenzó a buscar en los bolsillos... y vaya distracción... se acababa de olvidar el dinero en casa.

Y no tuvo más remedio que bajar.

En la calle encontróse con Juanita, que iba hacia su obligación. Ella, a pesar de su enfado, no pudo menos de sonreírse al verle

allí. Pero inmediatamente reaccionó y apretó el paso, no queriendo nada con el conquistador.

Roberto, interesado por la chiquilla, siguió sus pasos.

Caminaron largo rato. Ella dió un traspies y se le rompió el tacón del zapato, que Roberto se apresuró a recoger y quiso entregársela, sin poderlo conseguir, pues la joven a pesar del accidente, apresuraba el paso más y más.

Llegaron ante el edificio donde Juanita prestaba sus servicios. Y viendo a un guardia, la muchacha, le dijo, señalando a Roberto:

—Este impertinente me está siguiendo hace rato.

—Nada de eso, señorita. Quería devolverle el tacón.

Y quieras que no, él mismo volvió a colocárselo en el zapato y lo clavó con la porra del guardia.

Enfurecida, Juanita entró en la casa... y Roberto, que llevaba aquél mismo camino, se metió también en el ascensor.

La linda joven comentaba mentalmente la audacia de aquel hombre. Pero ¿hasta dónde le seguiría?

Llegó a su despacho, situado en el piso sexto... y el joven siguió detrás.

—¿Cómo se atreve usted a llegar hasta aquí? — le dijo ella.

—Necesito ver al señor Jones.

—¿Usted? Le diré que lo echen.

—Joven, tráteme con más cariño, porque dentro de un mes seré su jefe.

—Le ruego que se vaya.

—No quiero, soy Roberto Blewe, el que telefoneó ayer.



... no pudo menos de sonreírse al verle allí...

—¿Usted?

Apareció Jones atraído por los gritos e hizo pasar a su despacho al visitante.

—¿Qué desea?

—Mi nombre es Blewe... Alégrese usted de

que haya venido a verle, pues se acabaron sus dificultades.

—¿Por qué?

—Tengo un plan que si usted lo acepta, sus gastos de publicidad disminuirán en más de un cincuenta por ciento.

—Hable...

—Si en vez de tener el brazo así, lo tuviera usted así, mucho más pequeño, economizaría tres decímetros cuadrados de espacio... ¿Verdad que parece sencillo cuando se lo han explicado?

—No entiendo bien.

—Quiero decir que hay que ahorrar espacio en la publicidad, pues el éxito no escribe en el tamaño, sino en la gracia de la redacción.

Y le dió tales lecciones de lo que debía ser una publicidad moderna, que Jones acabó convenciéndose y aceptó como colaborador a Roberto.

Lo presentó a los demás empleados... y Juanita se mordió los labios de indignación al conocer que aquel hombre había sido también nombrado secretario del señor Jones.

Le resultaba antipático el joven... ¡Qué mal la estrella tenía Juanita al verse obligada a aceptarle como compañero!

El silbó un aire de júbilo... La victoria había sido grande. Qué, señorita Juanita, ¿no era cuestión de alegrarse por haberle conocido?

Y así pasó un mes, y durante cada uno de sus días, Juanita y Roberto sostuvieron constantes discusiones.

Aunque a veces se sentía intimamente satisfecha por los piropos que Roberto tenía siempre en los labios, procuraba no dejar revelar este sentimiento, y seguía manteniéndose fría y hosca.

Un día se anunció en la compañía que el próximo sábado iba a celebrarse en el Parque del Caimán la gran fiesta campesbre anual, a la que estaban invitados todos los empleados.

—¿Le gustaría a usted ir a la fiesta campesbre con el mejor agente de la Compañía? —le preguntó Roberto que no daba su brazo a torcer y estaba cada vez más enamorado de la joven.

—Se equivoca usted... El mejor agente de la Compañía está en Chicago... y, además, no tengo interés en ir a la fiesta campesbre...

—Es lamentable... pero usted misma... Y hágame el favor de escribir la carta que voy a dictarle.

Ella, resignada, se sentó ante la máquina.

—¿Estamos? ¡Bien!... Escriba... Señores Bill: Acabamos de recibir su atenta del 15 del corriente... ¿Le han dicho a usted alguna vez que es muy hermosa?

Ella le contempló sulfurada.

—Haga usted el favor de no bromear.

—¡Nada de bromas!... No sería nada extraño que me enamorase de una señorita tan preciosa como usted...

Y quiso acompañar la galantería con una caricia que ella cortó en seco, y levantándose corrió hacia el teléfono, llamando a una agencia de empleados.

—Mándeme una mecanógrafa inmediatamente.

—Pero, ¿qué se propone usted? — dijo Roberto.

—Aviso a la agencia para que envíen una mecanógrafa, para que usted pueda concentrar mejor la imaginación en... su trabajo.

Y ante el teléfono prosiguió:

—Oiga, no le hace que la mecanógrafa que le pedimos sea fea, con tal que sea trabajadora y hábil...

—Por Dios, ¿qué daño le he hecho para que me busque una muchacha fea? Si a lo menos fuese como usted... — dijo Roberto.

Juanita salió para atender a varios clientes. Pasaron unas horas de tranquilidad.

Entró un caballero en el despacho y preguntó, con aire destemplado, por Jones.

—El señor Jones no está aquí en este momento—dijo Juanita.

—Pues yo necesito verla...

Quiso entrar a la fuerza, pero Roberto con brusca energía le puso fuera del despacho.

—Ya le he dicho que el señor Jones no está aquí... de modo que largo...



... seguía manteniéndose fría y hosca...

—Bien... bien... Yo era el mejor cliente de Jones... Pero desde ahora no quiero tener más tratos con ustedes.

Cuando Roberto se dió cuenta de la "plancha", quiso enmendarla con toda la fuerza de su amabilidad.

Le dió un cigarro habano y una serie de

golpecitos en la espalda y una serie de palabritas de caramelo.

—Así me gustan los hombres—le decía—, enérgico y de carácter... Lo pasado pasado... No hay nadie infalible en este mundo... ¿De cuánto quiere que le extienda la póliza?...

El otro se convenció y firmó la póliza.

—No es necesario que me dé ninguna satisfacción. Lo comprendo perfectamente —dijo.

Juanita y la telefonista le contemplaban con cierta admiración y la última comentó:

—¿Verdad que es simpático?

—¡Sí... sí! — respondió en voz muy baja.

El señor Jones, que acababa de llegar, presenció la escenita y cuando se marchó el cliente corrió hacia Roberto y le felicitó.

—¡Muy bien, muchacho!... Si sigue usted así, hará carrera en la compañía.

Entró en su despacho frotándose las manos de alegría y Roberto quedó contemplando orgullosamente a Juanita, como diciéndole que allí había un hombre de verdad.

—No hay duda — dijo orgullosamente — que para los grandes negocios, los hombres valemos más que las mujeres, ¿verdad, encanto de mi vida?

Y pretendió besarla; pero ella, aunque complacida en el fondo de su alma, levantóse furiosa.

—Voy a decirle al señor Jones que lo despidá. ¿Qué se ha creído usted?

—¡Vaya donde quiera!

Entró Juanita à ver a Jones y lanzó un extraordinario capítulo de quejas contra Roberto.

—Esto es insoportable, señor Jones.. Ha querido besarme...

—Un poco de paciencia, niña...



—¿Le gustaría a usted ir a la fiesta campesina?...

—¡No... no... me marcho de la casa!

Ella abrió la puerta y Roberto cayó dentro de la habitación, pues estaba con el oído junto a la cerradura.

—Lo he oido todo—dijo a su principal—,

y como lo he oido todo, yo también me marcho.

—Pero, ¿se han vuelto ustedes locos? Eso es una nubecilla de verano que pasará.

Como siguiesen protestando, Jones rogó a Juanita saliese un momento.

—¡Cálmese, cálmese, señorita!.. Yo le hablaré a Roberto, para que no la moleste más.

Juanita esperó impaciente fuera, el resultado de la entrevista, y poco después vió salir con gesto algo melancólico a Roberto.

Arrepentida por la queja que había dado, y queriendo en el fondo de su alma al muchacho, le dijo:

—¿Le ha despedido? ¡Cuánto siento haber sido yo la causa!

—¿Despedido? Al contrario, señorita, me ha nombrado gerente de ventas...

—¿Es posible?

—Y es muy posible que despida a un par de docenas de empleados en cualquier momento — contestó entre burlón y amenazador.

Ella bajó los ojos... En su alma iba brotando generoso el amor hacia su constante adorador. Mas al propio tiempo, la sonrisa de triunfo y de seguridad de él, la indignaban.

Jones la hizo llamar.

Acariciándola dulcemente, le preguntó:

—Vamos, no quiero que se disputen ustedes más, ¿entiende? ¿Verdad que no se mar-

* * *

Los empleados de Jones celebraban todos los años su fiesta campestre con acompañamiento de paraguas.

A pesar de que el calendario anunciase tiempo bueno y sereno, se desencadenó un tremendo chaparrón.

La fiesta tenía lugar junto a un lago en el que se bañaron por la mañana los jóvenes.

A mediodía, en pleno bosque, organizóse una estupenda comida. Pero fué imposible sentarse a la improvisada mesa, pues la lluvia arreciaba de modo amenazador.

—¡Dios quiera que no sea más que un chubasco! — dijo el señor Jones, que honraba con su presencia la fiesta de la dependencia.

—¡Un chubasco que parece una miniatura del diluvio universal! — suspiró una muchacha.

Por varias veces pareció que escampaba y se dispusieron a sentarse para comer, pero de nuevo el chaparrón les ponía como nuevos.

Jones preguntó a la nueva mecanógrafa de la casa:

—¿Había estado usted en alguna otra merienda de éstas?

—En siete... y cada vez he cogido pulmonía. Unas veces sencilla y otras doble.

Juanita se hallaba hablando con varios muchachos, mientras Roberto la devoraba cerca de allí, en silencio.

Llevaban unos días sin decirse apenas nada. Un cúmulo de tonterías les había apartado de la amistad.

De pronto, Juanita echó a correr para entrar un poco en calor, y varios jóvenes fueron tras ella.

Pero viendo que Roberto hacía lo mismo, los jóvenes se pararon, dando la preferencia al gerente de ventas.

A la orilla del lago Roberto logró dar alcance a su adorada. Juanita sintió sus suaves brazos alrededor de su cuerpo y se desprendió de ellos, yendo a sentarse en el césped.

—¿Podría usted decirme cuándo dejará de perseguirme? — le preguntó.

—¡Nunca! ¿Por qué es usted tan cruel conmigo, Juanita?

Y murmuró con voz emocionada:

—¡La amo, Juanita!...

La joven le escuchó con suave emoción, y tal vez se hubieran formalizado las cosas si

en aquel instante no entrara Anita, la nueva mecanógrafa, y dijera a Juanita:

—El señor Jones desea hablar con usted.

Pero en realidad lo que Anita quería era separarla de Roberto y quedarse ella hablando.

Juanita se marchó, pero Roberto no hizo el menor caso de la nueva amiga, siguiendo con los ojos á la amada.



—¿Por qué es usted tan cruel conmigo, Juanita?

La secretaria llegó junto a Jones, que dormitaba en el césped.

—¿Es verdad que desea usted hablarme?

—¿Yo? — dijo despertando —. ¡No, no!

Llevaba Jones en la muñeca aquella pulsera de brillantes que un día su mujer había echado al cesto y recogido Juanita. Esta fijándose, le dijo:

—Pero, después de tanto tiempo, ¿no ha devuelto aún la pulsera, señor Jones?

—No me había acordado... Y la perderé cualquier día. Hágame el favor de devolverla por mí.

Y él mismo la ciñó a su muñeca.

Anita y Roberto estaban contemplando la escena, y ella dijo:

—A todas las rubias les gusta adornarse como el escaparate de un joyero.

Celoso, Roberto acercóse a Juanita, que se había separado de su principal.

—¡Me he equivocado con usted! —le dijo. ¡Yo me imaginaba que era usted diferente!

Y le señaló el brazalete.

—Yo también me he equivocado — respondió ella —. Me imaginaba que era usted más listo.

—¿Cree usted que no vi cuando se la daba? Lo comprendo todo.

—Si lo sabe usted todo, ¿qué necesidad hay de que se lo explique?

Los celos anidaban en el alma de Roberto y ella gustaba de seguir aquella comedia para hacerle rabiar.

—Irá usted a devolverle esa pulsera ahora mismo — rugió él.

—Si me lo manda usted con esta cara feroz, no se la devolveré...

Pero Roberto, indignado, le arrancó el brazalete y lo echó al agua.

—¡Imbécil! — gritó ella.

Y lanzóse al lago para buscarla. Y tras ella, Roberto, y Jones, que acababa de ver lo sucedido.

Por fin, la pulsera pudo ser recuperada; pero de resultas de aquello, quedó rota la amistad de los dos jóvenes.

* * *

Unos días después, Roberto estaba indignado con Anita, la nueva mecanógrafa, que no sabía escribir a máquina y pasaba las horas de oficina puliéndose las manos y acicalándose el rostro.

El mismo Roberto tenía que hacer las cartas, y falto de práctica, le salían torpes, como las de un principiante.

Furioso, le preguntó a Anita:

—¿Quiere usted decirme que le dijeron en la agencia cuando la mandaron aquí?

—Me dijeron que lo que le importaba era que fuese bonita, aunque no supiese nada del trabajo de mecanógrafa.

—¡Uf! ¡Sí que toman bien los recados en la agencia!

Marchóse malhumorado. ¡Qué ganas tenía

de poner de patitas en la calle, a Anita!

Le importunaban sus galanteos e insinuaciones, pues Roberto sólo tenía alma y corazón para Juanita.

Cogió un periódico y se dirigió al despacho de su ex amiga. Unicamente se hablaban al tratar de cosas de trámite, pero ahora quiso hacer una excepción.

—¿Qué le parece a usted esa fotografía en que está del brazo con el señor Jones? —le preguntó.

Ella miró el retrato que traía el periódico. Figuraba el grupo de empleados de casa Jones el día de la excursión campestre. El principal se apoyaba gentilmente en el brazo de su dependienta preferida.

Juanita hizo un gesto de frialdad y respondió:

—Pues le diré que la fotografía no me hace justicia.

—Lo importante será lo que dirá la esposa de Jones cuando la vea. La fotografía no miente.

Sonó un timbre.

Juanita, dispuesta a continuar su comedia de celos, se pintó los labios y exclamó:

—El simpático del señor Jones me está llamando.

Roberto la vió desaparecer, y una sonrisa de ira iluminó su rostro. ¿Habrá algo entre Jones y ella? ¡Oh, qué tormento!

La muchacha había entrado a ver a Jones

y éste le preguntaba:

—¿Qué tengo que hacer esta noche? Mi memoria flaquea...

—A las nueve tiene usted que ir al banquete de la Asociación de la Prensa.

—Bien. Déme un hilo para que me acuerde.

Y se lo arrolló a uno de sus dedos.

Juanita abrió la puerta y Roberto oyó que ella le decía con gesto insinuante:

—No se olvide... esta noche a las nueve.

—No pase cuidado.

Cuando el principal hubo marchado, Roberto, interpretando erróneamente las anteriores palabras, dijo a Juanita:

—Pero ¿se atreverá usted a salir con ese hombre?

—¡Quizás!

Y poniéndose el sombrerito, abandonó el despacho, seguida a corta distancia de Roberto, que estaba en el período álgido de los celos.

* * *

Después de respirar las brisas marinas durante varios días, la mujer de Jones, que había visto la fotografía comprometedora en un periódico, regresó a la ciudad, decidida a producir una hecatombe.

En coche se hizo conducir a su domicilio,

Juanita había llegado a su casa, y fijándose en que Roberto la espiaba, dijo a la telefonista del despacho, que era compañera suya de hospedaje:

—Roberto me ha seguido hasta aquí.

—Supongo que sabrás lo que esto significa. Está perdidamente enamorado de ti, Juanita...

—Ya lo sé. Y yo un poquitín de él. Pero si vieras cómo me río de sus celos. Se imaginó que iba a salir con el señor Jones... y se puso furioso.

Asomóse a la ventana y agregó:

—¡Pues no está en la puerta esperando que salga para ver si voy con Jones! Mira, saldré a dar un paseo, y él se imaginará que voy a ir con el señor Jones.

A pesar de las advertencias de su amiga, salió a la calle... Y Roberto, viendo que iban confirmándose sus sospechas, la siguió a alguna distancia, loco de celos y de ira.

Ella se reía complacida de la broma.

De pronto, se desencadenó una lluvia espantosa, un verdadero torrente de agua.

La joven, que para hacer rabiar a su perseguidor, había caminado en dirección a la casa de Jones, se vió perdida ante aquel diluvio.

La casa de Jones estaba cerca. ¡Oh, se pondría junto a la puerta, bajo la marquesina, esperando que cesara la lluvia!

Además, como el señor Jones estaba en el

banquete de la Asociación de la Prensa...

Pero abrióse la puerta y apareció el mismo Jones, quien quieras que no, hizo entrar a la secretaria en su casa.

Una sonrisa feroz iluminó a Roberto. ¡Miserable, maldita!

—¿Usted, señor Jones?

—Viene de perilla. Me parece que voy perdiendo la memoria. ¿Se acuerda usted de lo que tengo que hacer esta noche?

—Yo le suponía en el banquete de la Asociación de la Prensa.

—Ya ve. Me he olvidado. Gracias por hábirmelo venido a advertir. Pero es necesario que se cambie usted las ropas, sino cogerá un resfriado. Va chorreando agua. Entre en mi cuarto, y allí puede permanecer hasta que se seque su vestido.

Ella se negó, pero acabó por ceder.

—¡Acompáñe a la señorita arriba para que ponga la ropa a secar! — dijo Jones a un criado.

Juanita se alejó con el criado, y momentos después entraba en la casa la señora de Jones, procedente de su viaje a la playa.

El marido se estremeció de pies a cabeza. ¡Ay, la que se iba a armár!

—No te esperaba tan pronto de vuelta—le dijo.

Ella le miraba con ojos que echaban lumbre... Sentóse en un sillón.

De pronto, entró el criado con las ropas

mojadas de Juanita y las extendió junto a la chimenea.

Al ver aquello, Jones, horrorizado, cogió las ropas y las echó a las llamas.

La esposa, que al entrar había descubierto un monedero de mujer sobre una mesa, miró las extrañas maniobras de su marido.

—¿Qué haces en la chimenea?

—¡Oh, nada! Frio y hace llueve y la modada está ropa. No sé lo que me digo.

La dama pareció comprender y agregó:

—¿Por qué no te vistes y vas al banquete de la Asociación de la Prensa como todos los años? Algun motivo tendrás para no salir de casa esta noche.

—Ningún noche, digo, ningún motivo.

—Pues vístete y marcha.

Frenético, inquieto, el pobre se dirigió a su habitación. Llamó preguntando:

—¿Se puede entrar?

—No, no! — respondió Juanita, que se hallaba simplemente en camisa.

—¡Necesito entrar!

—¡Por Dios, no!

Llegó la esposa y preguntó lo que ocurría.

—¡Nada! Es que la cerradura está descompleta — dijo Jones.

Mas para la fiereza de la señora Jones no había puertas cerradas, y entró en la habitación.

No había nadie. Por fortuna, Juanita aca-

(1753) 8-10-1927

—Todo lo hice para burlarme un poco de Roberto... lo juro... pues me hacían reír sus celos. Pero el señor Jones es inocente... y sólo la fatalidad me ha empujado hacia esta casa.

Y tan sinceramente habló, y Jones la apoyó en aquella confesión, que la esposa del principal y Roberto acabaron por creer en la verdad.

Y mientras los Jones se reconciliaban, Roberto se excusaba de su ridícula persecución, al propio tiempo que volvía a decirle a Juanita el amor que ella le inspiraba.

Juanita, no queriendo llevar ya más lejos aquella comedia de celos, aceptó la declaración.

Y fué aquella noche aurora para sus almas...

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplic.-MADRID

B.